EL JUDIO CANSADO Y SEDIENTO EN SICAR DE SAMARIA

Los judíos y samaritanos, a pesar de que en su origen eran parte del mismo pueblo de Israel, hacia muchos siglos que no se trataban entre sí. Políticamente tenían muy distintos caminos; más aún, en sus relaciones ni siquiera usaban los utensilios de unos u otros y sus calificativos recíprocos eran agudamente insultantes; en lo espiritual, los samaritanos estaban confundidos y alejados respecto a la adoración verdadera. Con todo, y que no era corriente por los judíos transitar tierra samaria, un día del año 30 de nuestra época, un pequeño grupo de judíos, nativos de Galilea, a responsabilidad de su maestro, decidieron pasar territorio samario para ir a su tierra.

En pleno desierto, ya en el zenit del día, cuando el rayo del sol asa la piel, el maestro cansado y sediento por el esfuerzo del largo camino entre Judá y Sicar de Samaria, mientras sus acompañantes iban al pueblo para proveerse de alimentos, se quedó sentado junto al histórico y útil poso de Jacob.

En esto, una mujer de la región, como era de su rutina, llegó a sacar agua. -¡Dame de beber! - musitó el agotado caminante. - ¿Tú siendo Judío, me pides de beber, que soy mujer samaritana? - Sorprendida, preguntó la mujer. - Y agregó: - ¡me ofreces agua corriente y ni siquiera tienes con qué sacarla del poso qué es hondo! ¿Acaso eres mayor qué nuestro padre Jacob, antiguo propietario del poso? -

El caminante Judío – sin perturbarse - respondió: - si conocieres del regalo de Dios, y quién es el que te habla, tú más bien le pedirías y te daría agua que quita la sed para siempre. -

Ante llamativa respuesta, y pensando que le aliviaría la esclavitud de cargar agua todos los días - la samaritana - presurosa exclamó: - ¡dame de esa agua para que no tenga yo sed! -

- El judío- rápidamente le planteó otra acción, como si no hubiera escuchado el interés de la mujer; pero, el caso es que había logrado su propósito: atraerla hacia algo que ella ignoraba. - ¡Ve, llama tu marido, y ven acá! - fue la nueva propuesta-.

¡Sorpresa! - ¡Gran sorpresa para la dialogante! - ¿Llamar a su marido? - ¡Era algo privado! En su interior había secretos y contradicción; se agitaba el deseo de no mentir, ¡o tal vez de no descubrir su realidad! Sin preámbulos contestó: - ¡no tengo marido! - ¡Bien has dicho! - Con aguda certeza, contestó el judío. - Cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes, tampoco es tu marido. –

La mujer, en su conocimiento terrenal, estaba segura que el judío - de ella - nada sabia. ¡Por primera vez se veían! ¡Por vez primera hablaban! Pero... ¿Quién seria este judío? Era verdad que había pasado de varón en varón, y el varón con que ahora se acostaba, parece, era marido de otra; en tiempo atrás – a ella - ¿tal vez, la habían divorciado? Como fuera, estaba quebrantando la orden original del Creador: “varón y hembra los creó, el varón debe abandonar al padre y a la madre

para unirse, por siempre, a su mujer. Los dos serán uno, no dos. Ningún ser humano debe romper lo que Dios ordenó". (Génesis 2: 24). ¡Incuestionablemente era mujer adúltera!

Complicado escenario. El judío, que débil y agotado pidió agua, le había sacado a luz ¡todo lo que había hecho! Le había expuesto su realidad pecaminosa. ¡Él, no había dicho nada falso! De cierto - el judío - había dicho todo lo que le acontecía... ¡sabía plenamente de su vida interior! A la cabeza de la mujer se presentaban infinidad de conjeturas. Ahí, una sola era posible: -¡contemplo que tú eres profeta! - Dijo ella - como su final conclusión.

Pero, los pensamientos – de la mujer - no dejaron de atiborrarse. Su pueblo, por muchos siglos, había contendido entre Gerizim y Jerusalén. Su mente agolpó sobre cuál es la indiscutible adoración que los seres humanos deben tributar a su Creador. Sí el judío le había sentenciado el meollo de su vida ¿sabría resolverle crucial inquietud? - Atajándose a razonar más, preguntó: - A ver, dime, - ¿por qué ustedes los judíos insisten en que Jerusalén es el único lugar de adoración? -

– Él, que ya había olvidado su sed, con total autoridad, una respuesta trascendente, nueva y para todos los seres humanos, proporcionó: - Se acerca el día en que ya no ha de preocuparnos si hemos de adorar a Dios acá o en Jerusalén. Lo que importa no es el lugar donde se adore sino la forma espiritual y verdadera que se haga, porque Dios es Espíritu y ese es el tipo de adoración que Dios quiere de los seres humanos. - Y agregó: ustedes conocen tan poco de Dios que adoran a ciegas. -

- Bueno, al menos sé que el Mesías, el que llaman el Cristo, vendrá. Y cuando venga, él nos explicará todas las cosas. - Fue la respuesta consoladora de la mujer. -

El judío, que por muchas circunstancias había ocultado su identidad a los sabios de Israel, percibiendo la esperanza que tenia esta mujer pecadora, dijo: - ¡Yo soy, yo soy el Cristo! -

Apenas terminaba –el Sediento- de revelar su identidad cuando, en ese preciso momento, ¡regresaron los que habían ido de compras! El diálogo se silenció. La mujer sin mediar más palabra, cambió de interés. Ya no le importaba el agua de poso, dejó su cántaro, fue al pueblo y a todos decía: - ¡Vengan y vean a quien me ha dicho todo lo que he hecho! - ¿Será el Mesías? -

Los varones, que por lo usual no obedecían a mujer y eran perturbadores, corrieron presurosos a verlo. Entonces, no sólo lo escucharon, sino que lo invitaron a quedarse con ellos y en su pueblo.

Pasados dos días, decían a la mujer: - ahora creemos porque personalmente lo hemos visto y oído y no porque tú lo digas. - ¡Sí, Él es el salvador del mundo! -

Los seres humanos, rebeldes sin motivo, alevosos por ignorancia, de lejos y de oídas pueden ver y opinar de Jesús de Nazaret como bien les plazca. Percibirlo

como un simple varón judío; o como muchos lo han hecho y, lo siguen haciendo: injuriarlo, aborrecerlo, tildarlo de lunático y de mentiroso; o importarles una minucia su muerte en el madero, posterior resurrección y levantamiento a la luz inaccesible a hombres.

Aun así, sin condiciones, cualquiera que se acerque a él, y lo escuche solícitamente, cambiará totalmente de juicio. Descubrirá que Jesús es el Profeta de Dios; que es su particular solución a todos sus problemas. Se percatará, entonces, de su propio prontuario moral y criminal, de la responsabilidad de sus actos humanos, del grandioso honor que Dios dispensó al crearle con libre albedrío. Y lo que es de primordial calidad: jamás Cristo ha estado en su contra; siempre le ha amado sin esperar nada ha cambio; sólo Él y nadie más, puede pagar la culpa de todo su cartapacio de pecados.

Jesús, carpintero en Nazaret, pero en su estado divino el "Logos" creador del universo, humildemente y como Salvador ha proclamado: "vengan a mí todos los que estén cansados y afligidos y yo los haré descansar... (Mateo 11: 28-30). "El que tenga sed, venga y beba gratuitamente del agua de la vida". (Apocalipsis 22: 17). "¡El que tiene oídos para oír, que oiga!" (Mateo 11: 5; 13: 9, 43; Marcos 4: 23; Lucas 8: 8: 14: 35).

Narrado en base a Juan 4: 1- 42
José Jaime Sánchez F.
Venid y Ved Colombia
Calvary Chapel Tunja.